TRAMONTANA LÍRICA

ENTRE todos los del renacimiento catalán. tres poetas hay que han demostrado una especial predilección creadora y temática por el Ampurdán, o más propiamente temperamental: Anicet de Pagés de Puig, Eduard Girbal Jaume y Carlos Fages de Climent. Otros poetas geográficamente ampurdaneses por nacimiento, como Salvador Albert, de un fino y rauda vuelo universal de alto lirismo, ofrecen en cambio, una menor dimensión de comarcalismo específico. Pero los tres primeramente mencionados son los que más profundamente transmiten el aliento de la tramontana. Sin que sean los únicos que la hayan cantado, empezando por el economista y senador ampurdanés por Barcelona, Federico Rahola, quien, a pesar de ser «mestre en gal saber», rayó a mayor altura como hombre público que como creador directo de belleza, a pesar de su «Filemón y Baucis» y de su famosa composición «Al fill que no ha vingut».

Anicet de Pagés, nacido en Figueras, en 7 de agosto de 1843 y fallecido en Madrid en 26 de noviembre de 1902, el mismo año de la muerte de Mn. Jacinto Verdaguer, y casi contemporáneo suyo, es el más caracterizado de los románticos «floralistas». En 1901, obtuvo todavía la flor natural en los Juegos Florales de Barcelona, donde tantos galardones cosechara, pero también donde tan apasionadas decepciones le fueron deparadas. Y toda su producción poética, recogida, editada y prologada por su gran amigo el patricio Francesc Matheu en su colección de la «Il·lustració Catalana», aunque sin fecha de edición, es una auténtica muestra de los variados estilos en los que sobresaló este vate, desde el romance popular, como el dedicado a Serrallonga, hasta las paráfrasis bíblicas, como la de Job, pasando por las sutilezas eucarísticas de «Mon amic» o por los arranques lapidarios de nuestras leyendas, como la del Comte Arnau. Nosotros evocamos su primer centenario del nacimiento en su día, con otros amigos literariamente fieles a su memoria. Pero ésta ha permanecido más olvidada de lo que la alcurnia poética de este vate mereciera.

Eduard Girbal Jaume, no nació en Figueras, sino en Gerona y en su calle de la *Força*; pero él se sentía y se proclamaba ampurdanés de corazón y de convicción. Nacido en 1881, en la ciudad tres veces inmortal, falleció en Barcelona. También «mestre en gal saber» como Pagés de Puig, concurrió no menos que él, así en verso como en prosa, a los Juegos Florales barceloneses; y también como él ha sido demasiado pronto olvidado. Acaso más relevante prosista todavía que inspirado poeta, Girbal estilizó su realismo con un lenguaje vivísimo, esmerilado de particularismos dialectales sabrosos y exactos. Su novela «L'estrella amb cua» es una de las más originales manifestaciones modernas del ruralismo narrativo. Y sus aguafuertes, como «L'home del forn dels pegaires», o su extensa obra novelesca «La tragedia de cal Pere llarg», resultan inolvidables por la fuerza de sus descripciones y de sus aristas psicológicas.

Carlos Fages de Climent, felizmente viviente, nacido en Figueras en 17 de marzo de 1902, el año en que precisamente murió Pagés de

Puig, ha redimido, a través del Ampurdán, después de Verdaguer y de Segarra, pero a su lado, los temas épicos en nuestra poesía contemporánea, centrándolos, en grandeza o en ternura, en ironía o en humanidad, en leyenda o en historia, en su Ampurdán nativo. Y todo ello con un aliento amplio y flexible, trabajado con magistral artificio expresivo y construido con retórica voluntad de perfección formal acendrada. Sus «bruiques de Llers»; su «sabater d'Ordís»; su «Somni de Cap de Creus», serán otros tantos monumentos filiales que el actual poeta del Ampurdán ha levantado a su comarca nativa; monumentos que han dado al autor galardones literarios de primerísimo rango.

Pero el Ampurdán, más que poetas, ha dado

DISQUISICIONES SOBRE EL MITO FUNDACIONAL DEL PASTOR Y LA SIRENA

CUANDO uno mira el Alto Ampurdán desde lo alto de la carretera que conduce al Castillo de San Fernando, allí cabe la primera garita, se hace perfecto cargo de la posibilidad de que este llano hubiera venido a ser el punto de la toma de contacto entre un pastor del Pirineo y una sirena del Mediterráneo.

Los mitos, aunque casi siempre son considerados como meras elucubraciones de espíritus poéticos, tienen también un fondo de realidad. No vamos a decir con esto, ni a insinuar tan sólo, que algún mito sea una realidad auténtica, cosas más gordas se han visto, pero entonces, cuando el mito toma demasiado cuerpo, pierde interés por la sencilla razón de que pierde muchas de las cualidades que tenía de sueño y de quimera.

La famosa composición poética de Juan Maragall, que solemos cantar con la música de la sardana del maestro Enrique Morera bajo el título de «L'Empordà», contiene la exposición del hermoso mito fundacional del Ampurdán: el idilio entre un pastor montaraz y una sirena marinera; idilio que concluye en un mutuo acercamiento de ambos hasta que tiene lugar el encuentro en medio de la llanura para fundar allí la cabaña de su amor: el Ampurdán.

Mucha miga tiene este mito y tememos no poseer la suficiente destreza para desmenuzarla, cosa que tampoco vamos a pretender en el reducido margen de un artículo. Nos conformaremos con señalar algunas de las esencias que respira la leyenda margalliana. Hay, en primer lugar el hecho de que en el Ampurdán conviven estrechamente el sentido montañés y el sentido marinero. La costa siente la proximidad de la montaña y la montaña se mira casi en el mar. El Pirineo mismo corre hacia el Mediterráneo y acaba por sumergirse en él en las fragosidades del Cabo de Creus. El llano, entretanto, sirve de nexo entre la bahía de Rosas y las crestas pirenaicas. Su gente lo mismo tiene tendencia hacia Massanet de Cabrenys que hacia La Escala. Por cierto que, aunque Maragall presenta a sus personajes como innominados, se nos ocurre pensar si la sirena no sería una sirena clásica con un nombre helenizante y si el pastor no tendría un nombre de resonancias indígeas. Precisamente aquel pueblo, bajo cuyos auspicios nacieron las sirenas y la mitología, abordó en las playas de Ampurias en plena antigüedad y tuvo sus primeros contactos con los naturales del país llanura

al renacimiento catalán algunos de sus mejores escritores en prosa: Víctor Catalá de quien celebramos ahora el primer cincuentenario de «Solitud». J. Pous y Pagés, novelista doblado de autor dramático, en cuyo concepto integra un eslabón esencial en la historia de la escena llamada vernácula. Y José Plá, el dinámico escritor inimitable, periodista y narrador fecundísimo, cuyo sentido de observación y ejercicio personalísimo del humor dan a sus libros un público considerable, expectante y fidelísimo. Sin mencionar otras dos figuras cumbres de la prosa catalana, Joaquín Ruyra, y Prudencio Bertrana, que, sin ser ampurdaneses de nacimiento, nacido el primero en Gerona y el segundo en Tordera, pero biográficamente gerundense, recibieron del Ampurdán estímulo y fama, en sus obras y en su propia vida literaria.

Octavio SALTOR

adentro, como nos describe muy poéticamente el prosista Manuel Brunet en «El meravellós desembarcament dels Grecs a Empúries». ¿Sería este encuentro al que aludiría Maragall? Aunque así fuera, no queramos afirmarlo definitivamente. Salvaguardaremos la persistencia de la quimera.

Hay un detalle, sin embargo, que casi pasa inadvertido y en el que queda retratada una de las virtudes más características y menos ponderadas del ampurdanés: la suavidad en el trato o; dicho en términos más claros y populares, el «saber aflojar». Fijémonos en la escena. El pastor está en lo alto de su risco, pondera a la sirena las excelencias de la montaña y expresa su deseo de que ella suba a compartirlas. Pero la sirena hace a su vez la propaganda del mar y le insta a que sea él quien baje. Así está la cosa: el uno en que si la montaña y la otra en que si el mar. Total, que la cosa no parece tener arreglo. Pero surge la providencial inspiración y es entonces, cuando «la sirena es féu un xic ençà, un xic ençà el pastor de la muntanya», es decir, que cada uno cedió un poco y, sublime simbolismo, gracias a esto tuvo lugar el encuentro de ambos. Y aquí sí que creemos poder afirmar que sin esta virtud de la mutua cesión no existiría el Ampurdán. Muchas veces hemos podido apreciar su pervivencia, incluso en los tratos entre payeses, cuando, en trance de mercar una caballería, el comprador se empeña en que tienen que ser siete mil y el vendedor en que tienen que ser ocho mil y, cuando parece que ya no hay nada que hacer, uno de los dos se vuelve y dice: «Bueno, mira, ni tú ni yo, vamos a dejarlo en siete mil quinientas». Y el otro accede. Pues esto lo han heredado del pastor y la sirena, desde luego, según la quimera del mito.

Figueras, que en estos días va a celebrar sus Ferias y Fiestas de la Santa Cruz, y que en el resto del año lo mismo recibe los remalazos de la «tra-montana» que las suaves caricias de la «marinada», recibirá en estos días en su salón de la Rambla, ampurdaneses del Pirineo y de la Costa Brava y también ampurdaneses del llano, que tienen un poco de ambas cosas. Y casi seguro que, cuando por algún altavoz salgan los acordes de la sardana de Morera, los que los oigan podrán repasar mentalmente los versos del gran Maragall cuando dotó al Ampurdán de una fundación mítica que no deja de tener su meollo.

Juan GUILLAMET